



PRÓLOGO

ROXANA BARRANTES CÁCERES
DIRECTORA GENERAL
INSTITUTO DE ESTUDIOS PERUANOS

Es para mí un gusto y un honor escribir este prólogo al libro que recoge las ponencias y discusiones presentadas en el seminario «El Instituto de Estudios Peruanos y las ciencias sociales en el Perú: una reflexión crítica». El seminario, realizado el 14 y 15 de noviembre de 2013, dio inicio a las celebraciones por nuestro 50.^º aniversario de vida institucional.

Varios académicos, provenientes en su mayoría de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, junto con personalidades en sus campos de trabajo —todos interesados en el quehacer político—, emprendieron hace cincuenta años el reto de fundar un centro de investigación en ciencias sociales. Las profesiones de los fundadores fueron varias: antropología, sociología, arquitectura, lingüística, ingeniería. Pronto, se unirían historiadores, etnohistoriadores, arqueólogos y luego economistas, psicólogos, educadores. Así, hoy tenemos una gran variedad de disciplinas; además los investigadores, asistentes de investigación, profesionales, personal administrativo y de apoyo pertenecemos a varias generaciones, todo lo cual abre un rico espacio de intercambio.

Las conversaciones y coordinaciones que llevaron a la fundación formal del Instituto de Estudios Peruanos (IEP) el 7 de febrero de 1964 comenzaron luego

del golpe militar de 1962. Son los años posteriores a la Revolución cubana, que fueron escenario, en América Latina, de un periodo de fuerte cuestionamiento a las estructuras de dominación y desigualdad en la región. El establecimiento de la oficina regional de la Fundación Ford para los Andes y el Cono Sur, la fundación de la Universidad del Pacífico, la creación de la facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú, y el inicio de los cursos de extensión universitaria del Banco Central de Reserva del Perú, son solamente algunas de las instituciones que recientemente han cumplido, o cumplen junto con nosotros, cincuenta años, y forman parte cotidiana de nuestra vida institucional. No puedo dejar de mencionar que el IEP es la única institución que se sostiene desde un esfuerzo privado y que no está incorporada a ninguna universidad. Nuestras relaciones de confianza de largo plazo con donantes y socios, así como contratos de consultoría, nos permiten financiar nuestras actividades. Hoy, el apoyo del International Development Research Center (IDRC), a través de la iniciativa *Think Tank* constituye un apoyo importantísimo para el fortalecimiento institucional.

10

Desde sus inicios, el IEP ha sido una institución multidisciplinaria y plural. Y sigue siéndolo. Esta característica le permite ser un espacio privilegiado de apertura, diálogo y debate, tanto nacional como internacional. Hoy no solamente producimos conocimiento a partir de las investigaciones, acompañamos la implementación de intervenciones que afectan directamente la vida de las personas, y coordinamos proyectos de alcance internacional. Junto con ello, somos una importante casa editorial; nuestra biblioteca, sostenida mayormente por la vía de canjes editoriales, es una de las más completas en ciencias sociales en el Perú y alberga varias colecciones únicas. Asimismo, mediante el portal *Cholonautas* acercamos textos de ciencias sociales a estudiantes universitarios, y a través de la revista *Argumentos* ofrecemos, con libre acceso, reflexiones sobre la coyuntura.

El IEP de hoy le debe mucho a sus anteriores directores: José Matos Mar, Julio Cotler, Efraín Gonzales de Olarte, Carlos Iván Degregori, Cecilia Blondet, Carolina Trivelli, Martín Tanaka y Marcos Cueto. Claro, nuestra fortaleza actual es producto del esfuerzo de todos nosotros, pero este esfuerzo colectivo no hubiera llegado a buen puerto sin su liderazgo y compromiso. Es una gran deuda de agradecimiento hacia ellos que repagamos cotidianamente con nuestro compromiso por construir una institución vital y relevante.

Con esta publicación, el IEP celebra evaluando críticamente su propia trayectoria durante este medio siglo, en la gran mayoría de temas en los cuales

trabajamos; lamentablemente, algunos se quedaron fuera en esta instancia. Quisimos textos que mirasen críticamente la producción de la institución en el marco de las ciencias sociales peruanas; que identificasen etapas, hitos, corrientes, énfasis; que realizaran un balance de contribuciones a la comprensión de la realidad peruana, pero que también resaltasen omisiones, puntos ciegos y errores de interpretación a la luz de conocimientos posteriores; que ubicasen todo esto en el marco de debates que ocurrían en las ciencias sociales latinoamericanas y globales; y que abriesen preguntas, temas y áreas de investigación para el futuro. ¡Un emprendimiento ciertamente ambicioso!

El libro empieza con una introducción en la que Julio Cotler ensaya una reflexión sobre los hitos principales de la trayectoria de la institución, y en donde Víctor Vich reflexiona sobre el ánimo que inspiró la fundación del IEP, a partir del examen de la primera mesa redonda sobre literatura y sociedad, de mayo de 1965. A continuación, los capítulos del libro hacen balances de áreas temáticas (Jürgen Golte, María Isabel Remy, Patricia Ames y Pablo Sandoval) y disciplinarias (Marcos Cueto, Efraín Gonzales y Jorge Aragón) en las que el IEP ha tenido, en general, una importante continuidad a lo largo de estos cincuenta años. Finalmente el de Martín Tanaka, alguien de la casa y que ha sido su director, propone una evaluación de conjunto; también los de Guillermo Rochabrún y José Luis Rénique, amigos de afuera que conocen bien la trayectoria de la institución, pero que tienen más libertad, por así decirlo, para mirar al IEP críticamente (aunque una actitud tal fue el pedido explícito del editor a todos los autores).

11

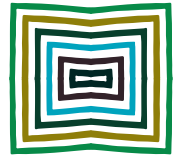
Versiones preliminares de los textos de este libro fueron debatidas en el seminario de noviembre de 2013, llevado a cabo en el formato de «mesa verde», característico del IEP, y recibieron los comentarios de Jorge Bruce (psicoanalista), Eduardo Dargent (Pontificia Universidad Católica del Perú [PUCP]), Alejandro Diez (PUCP), Manuel Antonio Garretón (Universidad de Chile), Manuel Glave (Grupo de Análisis para el Desarrollo [GRADE]), Mirko Lauer (periodista, diario *La República*), Carmen McEvoy (Sewanee, The University of the South, Estados Unidos), Lourdes Medina Montoya (Comisión Permanente de Historia del Ejército Peruano), José de la Puente Brunke (PUCP), Hugo Santa María (Apoyo Consultoría), Jürgen Schuldt (Universidad del Pacífico), Javier Torres (Asociación Servicios Educativos Rurales [SER]), Richard Webb (Universidad de San Martín de Porres) y Antonio Zapata (PUCP/IEP). A todos ellos nuestro agradecimiento.

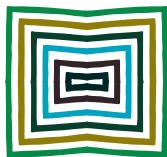
Tengo la certeza de que, con esta publicación, el IEP celebra, en palabras de Jorge Basadre, «... abandonando tesis apriorísticas, generalizaciones fáciles y examinando las complejidades de la realidad».¹

Lima, mayo de 2014

1. Nota del editor: discurso de Jorge Basadre en la Conferencia Anual de Ejecutivos de 1979.

INTRODUCCIÓN





EL ITINERARIO DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS PERUANOS: ALGUNOS HITOS FUNDAMENTALES

JULIO COTLER
INSTITUTO DE ESTUDIOS PERUANOS

Los organizadores de este libro con el que celebramos los cincuenta años del Instituto de Estudios Peruanos (IEP) me han asignado la tarea de presentar unas notas introductorias, seguramente porque soy el más antiguo de la casa y puedo dar testimonio de los cambios y continuidades que ha experimentado desde su fundación. Con este motivo he preparado algunas páginas en las que he tratado de recapitular algunos hitos de su desenvolvimiento institucional.

A principios de la década de 1960, alentados por los cambios que atravesaban el país y América Latina, intelectuales de diversos orígenes y trayectorias decidieron agruparse en el IEP para rescatar los aportes hechos por generaciones anteriores y para renovar críticamente el conocimiento del país, con la expresa finalidad de contribuir a la transformación de sus anacrónicas e injustas estructuras sociales. Esta combinación definiría una de las características singulares que distinguen al IEP de otras instituciones de su tipo.

Dicha particularidad se ha mantenido y fortalecido a través de las investigaciones, los debates y las publicaciones que ha llevado adelante. Todas estas iniciativas apuntan a comprender tanto los problemas seculares del país como los que se le han planteado al compás de sus abruptas transformaciones y

las de la región. Para tales efectos, la participación del IEP en la fundación y las actividades del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) contribuyó a que se incorporara en la corriente crítica de las ciencias sociales.

Así, desde sus inicios, las preocupaciones de Luis E. Valcárcel, presidente del IEP, José Matos Mar, Augusto y Sebastián Salazar Bondy, Jorge Bravo Bresani, José María Arguedas, Alberto Escobar, Francisco Miró Quesada y otros giraban alrededor de las persistencias históricas del «Perú profundo» y de los problemas y las posibilidades que acarrearaba la «modernización» del país, generada por las movilizaciones campesinas, las migraciones de la población rural a las ciudades, la creciente participación social y radicalización política que socavaban las bases del régimen de dominación oligárquica, y la dependencia que se tenía de los centros hegemónicos.

16 Estas preocupaciones se reflejaron en la realización de mesas redondas para discutir la situación política, y las dedicadas a la relación entre literatura y sociedad —en este marco se ubican las célebres reuniones sobre literatura peruana y sociología, donde participó Mario Vargas Llosa, entre otros, así como la dedicada a la novela *Todas las sangres* (1964) de José María Arguedas—. Asimismo, tales preocupaciones se mostraron en la exitosa publicación de las colecciones de libros «Perú Problema» y «América Problema», que reunían trabajos de distintos analistas, nacionales y extranjeros. Estas novedosas formas de difusión constituyeron otro rasgo particular que caracterizaría y distinguiría al IEP.

Así las cosas, los ecos de la Revolución cubana propiciaron la discusión acerca de la fórmula que debía aplicarse para cerrar el largo capítulo de dominación y dependencia, abriendo cauces que, para unos, debían enlazar la tradición indígena de raigambre prehispánica con la civilización occidental y, para otros, cortaran con el pasado para forjar una versión propia de la “modernidad”. La deposición del gobierno constitucional y la formación del autoproclamado Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada en 1968 zanjaron con esa tensión.

La instauración de dicho gobierno dividió a los fundadores del IEP y en general a los intelectuales que profesaban las ciencias sociales: unos pasaron a diseñar, ejecutar y asesorar la realización de las reformas estructurales, a organizar el sistema corporativo y a elaborar la ideología de la revolución “ni comunista ni capitalista”, mientras que otros se volcaron a organizar sindicatos, movimientos sociales y a dirigir partidos revolucionarios.

De este modo, la producción de las ciencias sociales adquirió un innegable sello ideológico que respondía a las diversas orientaciones políticas. En tal contexto, el IEP se aferraba a mantener su independencia a fin de rastrear y enjuiciar críticamente las acciones de los actores responsables del desenvolvimiento social y político. Al principio, las sorpresivas reformas decretadas por la junta militar despertaron bastantes expectativas, pero no pasó mucho tiempo antes de que se generaran resistencias a la gestión vertical y autoritaria del gobierno de la Fuerza Armada —cuyas órdenes debían cumplirse «sin dudas ni murmuraciones»—, que los ideólogos del régimen trataban de compensar promoviendo la participación social, sectorial y corporativa.

A pesar de la distancia que el IEP guardaba en relación con el gobierno, el Jefe de Estado aceptó la invitación para clausurar el Congreso Internacional de Americanistas en 1970 —organizado y presidido por José Matos Mar, director del IEP—. El discurso de impronta nacionalista del general Juan Velasco Alvarado planteaba promover la cultura, destacando la actuación del IEP y de su director, y ante la demanda del público se comprometía a amnistiar a los presos políticos, para sorpresa y júbilo de la numerosa concurrencia asistente, compuesta por destacados académicos nacionales y extranjeros.

Esta significativa actuación del jefe de la revolución dio lugar a que muchos intelectuales y profesionales apoyaran al gobierno de manera decidida, al tiempo que sectores gubernamentales amenazaban clausurar al IEP por la crítica de Heraclio Bonilla y Karen Spalding a los fastos del sesquicentenario en *La independencia en el Perú* (1972), amenaza que se repetiría por la publicación de Adolfo Figueroa y Richard Webb, de *Distribución del ingreso en el Perú* (1975), que cuestionaba el impacto económico que los técnicos del gobierno atribuían a las reformas estructurales. Finalmente, el rechazo de una tentadora oferta oficial que comprometía la autonomía del IEP tensó las relaciones con el gobierno al punto de que sus intelectuales orgánicos señalaron a la institución como enemiga de la revolución de acuerdo con la sentencia del general Velasco: «los que no están con la revolución están contra ella».

La crítica a la deriva autoritaria y corporativa del gobierno, así como el rechazo al golpe militar en Chile en 1973, originaron una reacción represiva contra algunos de los que nos oponíamos al gobierno,¹ y motivó que el IEP pasara a estar bajo custodia policial y se viera obligado a reducir sus actividades a su mínima expresión. En estas difíciles circunstancias nuestro amigo y colega Giorgio Alberti acompañó a José Matos en el exilio interior.

1. Nota del editor: Julio Cotler fue deportado en ese año, junto con Aníbal Quijano y otros, a Buenos Aires, pero ambos terminaron en México.

Permítanme una nota personal. El cúmulo de las arbitrariedades oficiales y las evidencias de la brutalidad totalitaria del socialismo «real» motivaron que la democracia se constituyera en un tema de preocupación personal que se hizo presente en un par de artículos que publiqué y que, posteriormente, se plasmaron en *Democracia e integración nacional* (1980), donde postulaba la necesidad de construir una comunidad nacional por la vía democrática a contrapelo de la «democratización de la sociedad por la vía autoritaria» que constituía la plataforma del «populismo militar» —y que, en general, practican los populismos de toda laya en América Latina—.

En 1975, la relativa liberalización política que produjo la llamada segunda fase de la revolución militar contribuyó a que regresara al país y me reincorporara al IEP en circunstancias en que este relanzaba sus actividades, en parte gracias a la contribución de la Fundación Ford, cuya continua colaboración ha favorecido el desarrollo institucional. En tales circunstancias el IEP volvió sobre sus pasos al retomar el estudio de la presencia y la influencia del pasado en la formación de la región andina, por lo que se planteó estudiar comparativamente el desenvolvimiento histórico de Bolivia, Ecuador y Perú; y, por otro lado, se decidió analizar los cambios producidos por la reforma agraria en la organización del «Perú profundo» y en la sociedad peruana en general.

18

Mientras María Rostworowski publicaba sus celebrados trabajos sobre el Incario y yo terminaba *Clases, Estado y nación* (1978), Heraclio Bonilla comprometió a diversos historiadores para estudiar comparativamente el desenvolvimiento de los Andes durante el periodo colonial y republicano. Como producto de esa iniciativa se publicaron valiosos escritos de Carlos Sempat Assadourian, Antonio Mitre, Tristan Platt y Rafael Quintero; sin embargo, no se logró cumplir el propósito del proyecto, entre otros motivos, por las dificultades de comunicación entre historiadores residentes en diferentes países y continentes.²

Entre tanto, José Matos Mar, con un plantel de antropólogos, estudió las consecuencias sociales y culturales de la reforma agraria y José María Cabañero con un grupo de economistas examinó los cambios que dicha legislación había producido en la propiedad y en la producción agraria; en estos casos, las investigaciones culminaron con publicaciones indispensables para comprender la reforma agraria y las profundas transformaciones que acarreó en el campo y en el conjunto de la sociedad nacional.

2. Nota del editor: textos de Sempat, Mitre y Platt fueron publicados por el IEP a inicios de la década de 1980. El texto de Quintero (*Ecuador: una nación en ciernes*) fue publicado recién en 1991, en Quito, por FLACSO y Abya Yala.

Simultáneamente, los investigadores que se incorporaron a la institución analizaban las intensas movilizaciones sociales contra el gobierno militar y las condiciones de la transición a la democracia que culminó con las elecciones en 1980. Estas dieron lugar a un nuevo escenario en el que irrumpieron actores sociales y políticos con ideologías y comportamientos radicales.

Los años de 1980, la así llamada «década perdida» de América Latina, fueron particularmente dramáticos en el Perú, jalonados por múltiples y contradictorios fenómenos que el IEP se abocó a estudiar, al mismo tiempo que difundía los resultados de sus investigaciones y propiciaba el debate público para reforzar la participación ciudadana en la defensa de la democracia en peligro. Así, durante esa década, paralelamente al examen que hiciera de la transición a la democracia y del comportamiento de los partidos políticos, Carlos Iván Degregori, Pedro Galín y Jürgen Golte analizaban, con sus respectivos asistentes, la composición y el funcionamiento de las nuevas clases populares; Efraín Gonzales de Olarte dirigía un equipo que examinaba las políticas económicas del gobierno y las propuestas que circulaban para atacar la crisis que el país arrastraba desde la década pasada y que llegó a niveles insólitos a finales de esa década, con la hiperinflación generada por la administración del primer gobierno del presidente García.

19

El tráfico de drogas, los movimientos insurreccionales y la radicalización política de la juventud, así como el desempeño de las Fuerzas Armadas y las violaciones de los derechos humanos fueron problemas que comprometieron a varios investigadores del IEP y a los que Carlos Iván Degregori dedicó especial atención. Este hecho motivó que se lanzaran acusaciones y amenazas de uno y otro lado, por lo que se tuvo que adoptar medidas de seguridad.³

La gravedad de la situación mereció que algunos comentaristas dijeran que el país se encontraba en proceso de «libanización», en tanto que otros se atrevían a decir que el panorama en cuestión era de «anomia».⁴ En estas circunstancias, la variedad y la radicalización de los planteamientos ideológicos, desde la propuesta escatológica del «pensamiento guía del presidente Gonzalo» hasta la plataforma liberal de Hernando de Soto y Mario Vargas

3. Nota del editor: por ejemplo, la construcción de un cerco alrededor del local institucional de Horacio Urteaga a inicios de la década de 1990.

4. Nota del editor: Véase Pásara, Luis «La libanización en democracia». En Luis Pásara y Jorge Parodi (eds.). *Democracia, sociedad y gobierno en el Perú*. Lima: CEDYS, 1988, pp. 17-52; y Neira, Hugo «Violencia y anomia: reflexiones para comprender». En *Socialismo y Participación*, n.º 37, 1987, pp. 1-13.

Llosa, generaban un elevado grado de confusión que impulsaba la desarticulación social en curso.

En un ambiente cargado de posiciones tan extremadamente dispares y contradictorias, el IEP convocó varias reuniones en las que, en presencia de un numeroso público, intelectuales y profesionales de distintas orientaciones presentaba propuestas para solucionar democráticamente los fenómenos mencionados. Producto de dichas reuniones el IEP publicó *Para afirmar la democracia* (1987), *Economía para la democracia: siete conferencias* (1989) y *Estrategias para el desarrollo de la democracia en el Perú y América Latina* (1990).

Para entonces, sobre la base de los estudios sobre la formación de los barrios marginales de Lima y la transformación del comportamiento de los migrantes, José Matos Mar publicó *Desborde popular y crisis del Estado* (1984), que tuvo una exitosa acogida, y se convirtió en una publicación indispensable para comprender las inconducentes relaciones entre la sociedad, la política y el Estado.

20 Un paréntesis. Siguiendo la prédica democrática, a mediados de la década de 1980 el IEP logró institucionalizarse democráticamente con la participación de todos sus miembros, para lo cual se realizó una importante reforma en los estatutos que regían su marcha institucional, y se estableció la elección libre y periódica de sus autoridades, con límites a la reelección, por parte de la asamblea de asociados. Desde entonces, Julio Cotler, Efraín Gonzales de Olarte, Carlos Iván Degregori, Cecilia Blondet, Carolina Trivelli, Martín Tanaka, Marcos Cueto y ahora Roxana Barrantes han sido elegidos para dirigir la institución. Cada uno de ellos ha tenido que enfrentar dificultades de diferente tipo e intensidad, y ha logrado remontarlas con el apoyo colectivo y conducir exitosamente a la institución a buen puerto.

Para fines de la década de 1980 había consenso acerca de que la conjunción de esos problemas amenazaba destruir las precarias bases institucionales del orden social, motivo por el que proliferaban las perspectivas negativas. No era para menos, porque el avance de Sendero Luminoso —considerado la organización más letal después de los jemes rojos— y el descalabro económico y social contribuían a que predominaran visiones pesimistas, soluciones individuales de «salida» (*exit*, de acuerdo con la terminología de Albert Hirschman), a través de la emigración o la participación en actividades no solo informales sino ilegales que, a su vez, contribuían a erosionar el débil tejido social e institucional. Así, era patente la sensación de vivir el fin de una era:

el conflicto interno y la violación de los derechos humanos, la descomposición económica y social, el descrédito de los partidos políticos y el derrumbe del muro de Berlín con el fin de la ilusión socialista, eran señales evidentes del término de un periodo histórico.

En efecto, ese panorama devastador contribuyó a producir un vuelco histórico a partir de que un *outsider* ganara las elecciones de 1990 y de que, con la colaboración de su compinche, articulara los poderes fácticos, internos y externos, estabilizara la economía y derrotara la insurrección, lo que concedió a su régimen, el fujimorista, un significativo apoyo social y la capacidad de gestionar tecnocrática y mafiosamente el desarrollo neoliberal del capitalismo autoritario.

Desde temprano, investigadores del IEP denunciábamos estos rasgos del fujimorismo: Romeo Grompone, Martín Tanaka, María Isabel Remy y el que suscribe estas notas, ente otros, analizamos la naturaleza de los actores, las pautas de su comportamiento y los objetivos que se proponían alcanzar. Nota aparte merece nuestro exdirector, el malogrado Carlos Iván Degregori, quien no perdió ocasión para acusar el comportamiento antipolítico del régimen y el irrespeto de los derechos humanos; de ahí que, a raíz de la recuperación democrática, fuera uno de los principales responsables de la elaboración del informe de la Comisión de la Verdad y Reconciliación.

21

A partir del año 2000, con la nueva transición a la democracia —la quinta a partir de mediados del siglo pasado— la agenda de actividades del IEP se ha diversificado. Por un lado se ha desarrollado una variedad de investigaciones y consultorías solicitadas por organismos internacionales, gubernamentales y por el sector privado, destinadas a conocer las prioridades de diferentes grupos sociales, a elaborar y mejorar políticas de inclusión social y a amainar o resolver conflictos sociales, para lo cual se ha analizado la estructura y funcionamiento de organismos públicos y las relaciones de determinados sectores de la «sociedad civil» con el Estado.

Por otro lado, se han desarrollado una serie de actividades centradas en comprender «la paradoja peruana». El insólito crecimiento económico y la descentralización política han facilitado la penetración de las modernas formas capitalistas en la sociedad y el territorio, impulsando una relativa movilidad social y difundiendo nuevas pautas sociales y culturales a través de los tradicionales medios de comunicación y las nuevas tecnologías de información. Esto ha propiciado que amplios sectores poblacionales y grupos estratégicos tengan una percepción positiva del futuro; no obstante ello, este brillante

panorama se encuentra ensombrecido por la creciente desafección de la inmensa mayoría de la población a las instituciones públicas y a la democracia que, generalmente, se asocia con la manifiesta incapacidad del Estado para atender eficientemente los requerimientos de los variados intereses sociales pero, fundamentalmente, de las dos terceras partes de la población que se encuentra en condición «informal», abandonada por el Estado. De ello se ha derivado que un tema recurrente de preocupación general sea la «debilidad institucional» del Estado.

Diversos estudios tratan de comprender los factores que explican dicha debilidad y las alternativas para resolver esta condición. En tales estudios y sus respectivas publicaciones se abordan áreas temáticas diversas, como el impacto de las nuevas tecnologías de comunicación en diferentes instancias institucionales; los distintos aspectos de la política educativa; la gestión descentralizada en los ámbitos regional y local; la participación indígena y las protestas sociales con motivo de la explotación de los recursos naturales; el desgaste de los tradicionales partidos políticos y las nuevas formas de representación; así como la relación de los empresarios con el Estado.



Es mucho más lo que se debe decir sobre el IEP y lo que queda por hacer y rehacer, pero después de revisar rápidamente estas páginas no puedo dejar de asombrarme por la rica y variada contribución del Instituto de Estudios Peruanos al conocimiento en estos cincuenta años, sin haber caído en una actitud complaciente, tal como se pone de manifiesto en este libro. Por eso mismo, considero se debe prestar atención a las observaciones críticas que se presentan y, a través de las prácticas democráticas que inspiran el espíritu pluralista de la institución, renovar los temas de estudio y los enfoques teóricos, evitando caer en reduccionismos ideológicos y en fórmulas tecnocráticas.